

Robin Dunbar:
La odisea de la humanidad
Ed. Crítica
Madrid, 2007, 199 págs.

Carlos A. Marmelada
carlosalbertomarmelada@yahoo.es

Especialista en Psicología Evolutiva, Robin Dunbar es catedrático de esta disciplina en la Universidad de Liverpool. También ha sido profesor en las universidades de Cambridge y Estocolmo. Es autor de varios libros.

En este ensayo Dunbar pretende contestar a una de las preguntas seminales que más fascinan al hombre: ¿cómo y cuándo nos hicimos distintos de los demás animales? O lo que es lo mismo: ¿cuándo nos hicimos humanos? En la última página, tal como veremos, Dunbar nos da su respuesta. Para ello da un vistazo en siete capítulos a la odisea evolutiva por la que ha pasado nuestro género desde sus orígenes hasta nuestros días. Pero no lo hace describiendo los géneros y las especies de homínidos que han ido surgiendo (y extinguiéndose) hasta nuestra aparición; sino que, tal como sugiere su especialidad, se centra en el estudio de la evolución de la conducta con la intención de poder identificar los rasgos específicamente humanos, así como con la esperanza de poder concretar lo máximo posible el momento de su aparición.

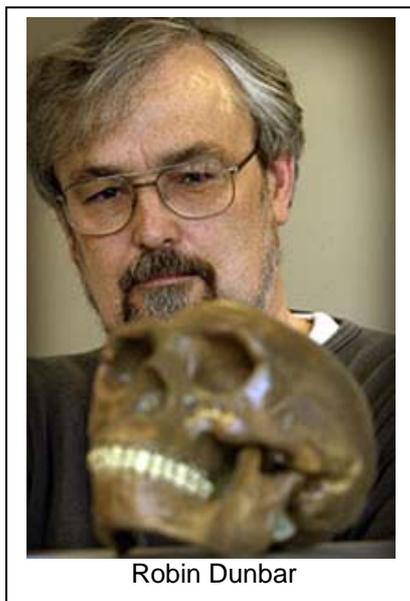
En el **primer capítulo**, expresa lo admirable que son los logros alcanzados durante la revolución del Paleolítico Superior. En ella aparecen reflejadas las características que definirán la mente humana moderna: arte simbólico, religión, pensamiento abstracto, lenguaje, etc...; en definitiva, las expresiones de una vida intelectual y espiritual de la misma naturaleza que la nuestra. En estos humanos, dice el autor, ya: reside la esencia de lo que nos hizo ser lo que somos, lo que finalmente produjo al ser humano tal como lo conocemos hoy en día” (p. 14).

Según Dunbar es “en la capacidad de reflexionar sobre nosotros mismos y nuestras relaciones con el mundo circundante [donde] radica la verdadera diferencia entre el género humano y el resto de la creación” (p. 15). Lo que nos distingue de los demás animales es “nuestra actividad mental” (p. 15), dice Dunbar; aunque, curiosamente, cita la imaginación y omite la inteligencia. Pero: ¿qué es la mente? ¿Cuándo y cómo fueron apareciendo esas cualidades mentales que nos definen como humanos?

Sea lo que sea la mente y haya surgido del modo que lo haya hecho el autor apuesta porque: “no hubo una secuencia de cambios determinada que nos llevara inexorablemente de simios a humanos con divina fatalidad. Lo que ha habido siempre es el eterno caos” (p. 16). Es decir, según Dunbar el hombre no es fruto de un plan divino, sino el resultado de un cúmulo de casualidades.

Una de esa serie de casualidades es el modo en que surgió el bipedismo; tema que estudia en el **capítulo II**, titulado: “El simio erguido”. En él vuelve a insistir en que los humanos no somos la cima de la creación, ni, consiguientemente, “el producto de una creación divina especial. Sólo éramos otra clase de simios” (p. 21). Por el contrario: “el linaje humano estaba en realidad profundamente integrado en la familia de los simios. Más aún: fue específicamente dentro de la familia de los grandes simios africanos donde los humanos pudieron desarrollarse” (p. 27).

Después de hacer algunas breves reflexiones sobre las semejanzas genéticas entre humanos y chimpancés, Dunbar vuelve sobre el tema del bipedismo para echar un vistazo a los cambios anatómicos de la pelvis humana, así como al mantenimiento de la capacidad de trepar a los árboles en los primeros humanos, afirmando que la marcha enteramente bípeda sólo advino con *Homo erectus*. Las transformaciones anatómicas para adaptarnos al bipedismo así como el desarrollo del cerebro introdujeron cambios en el parto humano. Tras estudiar cómo los humanos desarrollaron una estrategia adaptativa para compaginar la marcha bípeda eficaz con el nacimiento de crías que tendrían que desarrollar el cerebro proporcionalmente más grande de todo el reino animal Dunbar concluye afirmando que: “No hay ningún momento determinado en el que podamos exclamar <<¡Aquí nos convertimos en humanos>>!” (p. 36). Lo que no es óbice para que el autor reconozca que, aún así, “los humanos modernos somos muy distintos de nuestras especies hermanas de simios” (p. 36). Naturalmente, la cuestión a resolver es: ¿por qué? El capítulo se cierra con las páginas dedicadas a la aparición de los humanos anatómicamente modernos y a su salida de África para poblar el globo terráqueo.



Robin Dunbar

Llegamos así al **capítulo III**, en donde Dunbar analiza cuestiones relacionadas con la teoría de la mente. Algunas de las conclusiones que establezca aquí las usará como fundamento para las afirmaciones que realizará en los capítulos siguientes. Algunos de los temas que toca son las pruebas de falsa creencia o los distintos niveles

de intencionalidad cognitiva, los chimpancés son capaces de alcanzar un segundo nivel de intencionalidad (yo sé que tú sabes), los humanos, por el contrario, nos movemos entre el cuarto y el quinto nivel. También se adentra en la distinción entre “saber qué” (algo que también dominan los animales) y “saber cómo”, (fenómeno éste que en su expresión más compleja es exclusivamente humano). Esto permite a Dunbar explicar el “efecto Clever Hans”. Se trata de un caballo alemán llamado “Hans el listo” (Clever Hans) que parecía saber sumar, cuando en realidad lo que sucedía es que el caballo había logrado aprender que debía parar de dar golpes en el suelo con la pezuña cuando su cuidador ponía una determinada cara. No se trataba de ningún fraude, pues su cuidador no era consciente de ello, lo único pasaba era que cuando Hans había hecho el número correcto de golpes en el suelo su propietario ponía, inconscientemente, una cara de asentimiento, entonces el caballo paraba y parecía como si hubiera hecho una suma.

El capítulo sigue explicando diferentes experimentos con monos *rhesus*, monos *vervet* y chimpancés, así como sus paralelos con niños.

Después de analizar diversos experimentos con animales, el autor aborda el célebre caso de Phineas Gage; una persona honrada y trabajadora que tras sufrir una determinada lesión cerebral se volvió anómico y asocial, con todas las consecuencias que ello conlleva. De aquí deduce el autor que: “la conciencia tal como la experimentamos, no es más que una propiedad emergente de la actividad eléctrica del cerebro de interconectar neuronas que intercambian mensajes electroquímicos” (p. 74).

Pero... ¿por qué aumentó tanto el cerebro de los humanos? Según Dunbar se debió a una necesidad de hacer frente a la complejidad creciente de la vida social. El capítulo concluye con la explicitación de aquello que nos diferencia de los simios y, por ende, de los demás animales, es: nuestra capacidad para tomar distancia respecto al mundo.

El **cuarto capítulo** se abre con la descripción de la caída de otra barrera que se suponía distinguía a los humanos de los chimpancés: la guerra. Los pánidos, para sorpresa de los investigadores que trabajaban en Gombe (Tanzania), también la practican, incluso hasta el exterminio.

Sigue el turno de la discusión en torno a la “fabricación” y utilización de herramientas por parte de los chimpancés. A renglón seguido Dunbar pasa al análisis de la ecología social de los bonobos, caracterizada por la promiscuidad como medio de templar los conflictos sociales y evitar el infanticidio. También explica cómo los humanos hemos superado esta última cuestión mediante una estrategia evolutiva distinta: la monogamia y la fidelidad. También analiza por qué los humanos nos

enamoram. Dunbar cierra el capítulo con su rechazo a la teoría del “gen egoísta” de Richard Dawkins y con la afirmación de que no existen valores morales absolutos.

El **quinto capítulo** trata sobre el apasionante tema del origen del lenguaje articulado abstracto, una facultad privativa de los humanos. La dimensión social del lenguaje humano es el meollo de la cuestión. El lenguaje fue lo que permitió a los humanos desarrollar relaciones con grupos más numerosos. También se estudia por qué los monos y los grandes antropomorfos no podrán hablar nunca.

Según Dunbar el lenguaje pudo haberse empezado a desarrollar “en algún momento entre dos millones y trescientos mil años”; vamos: entre *Homo ergaster* y los neandertales. Como puede verse se trata de un margen muy amplio e impreciso. En cualquier caso Dunbar apuesta porque: “el lenguaje no surgió súbitamente de la nada, sino poco a poco, para llenar el vacío que dejaba el acicalamiento una vez que los grupos excedieron el tamaño que podían manejar a la manera primate convencional” (p. 125). Relacionado con todo esto está el tema de la risa y el de la música, que Dunbar trata al final del capítulo.

En el **capítulo VI** se aborda la cultura. Aquí hay que ver qué es lo que entendemos por cultura. Dunbar deja bien claro que, por sí sólo, esto ya es una tarea ciclópea irresuelta. De todos modos, “para la psicología evolutiva lo importante no es determinar qué es la cultura, sino cómo se transmite” (p. 141), en este sentido, los humanos somos realmente únicos. Pese a no disponer de una definición unánimemente aceptada hemos de seguir avanzando y preguntarnos si los animales tienen cultura o no. La respuesta de Dunbar es que “sólo nosotros tenemos cultura con mayúsculas” (p. 138). Dicho en otras palabras: “una cosa es agarrar una piedra y utilizarla como martillo para cascar nueces y otra completamente distinta imaginar en la piedra la forma de una figurilla Venus y tallarla hasta que aparezca” p. 139). A renglón seguido, el autor nos deleita con la explicación de la pesca de termitas en Gombe y en los bosques de Tai, así como con la interesantísima explicación de la farmacopea que usan los chimpancés. También nos habla del paradigmático caso de Ima, una joven hembra japonesa de *Macaca fuscata* que lavaba las patatas en agua salada antes de comérselas.

Las reflexiones en torno a la cultura llevan a Dunbar, al final del capítulo, a explicar por qué los animales no tienen religión. Según el autor: porque no tienen imaginación; o como dirá más adelante: porque no pueden trascender el segundo nivel de intencionalidad.

Esta reflexión nos lleva hasta el **séptimo** y último **capítulo**, significativamente titulado: “Así habló Zaratustra” y que trata sobre la religión como característica específicamente distintiva de los humanos.

El contenido del texto deja entrever que Dunbar no es creyente, sin embargo manifiesta un gran respeto por las creencias religiosas y reconoce su contribución positiva a la supervivencia de la humanidad en el pasado, así como el servicio social que presta en el presente.

La religión es un rasgo característico de la humanidad actual. De hecho no se conoce ninguna sociedad, ni presente ni pasada, que no tenga creencias religiosas. Pero: ¿cuándo apareció la religión en la prehistoria de la humanidad? Y: ¿qué función cumplía? Además: ¿Cuál es el papel que juega hoy la religión? ¿Tiene algún sentido que siga existiendo en las sociedades científicas y racionalistas? Dunbar responde a estas preguntas y a otras más relacionadas con estas cuestiones a lo largo de este capítulo.

Según el autor “no tenemos ni idea” (p. 178) de cuándo apareció exactamente la religión, pero pudo haber sido con un *Homo sapiens* que invocara a las fuerzas de la Naturaleza divinizándolas. Esta actitud le produciría confort y seguridad, incluso le proporcionaría consuelo en los momentos de dolor y amargura. En definitiva, le haría más llevadera la vida. Esta actitud, cree Dunbar, se debió extender con gran rapidez, pues sus beneficios psicológicos debieron resultar agradables. La selección natural favoreció enormemente este tipo de actitud porque cohesionaba al grupo. En efecto, las personas que comparten un ideal o unas creencias tienen más propensión a ayudarse mutuamente en las necesidades, con lo que aumentan sus probabilidades de sobrevivir. De hecho Dunbar afirma que los neandertales sucumbieron ante los cromañones por carecer de una religión que les hiciera sentirse más unidos y solidarios entre sí (p. 184), cosa que sí estaba presente entre nuestros antepasados del Paleolítico Superior.

Hoy la religión seguiría siendo necesaria por los efectos psicológicos positivos de bienestar que produce y por los beneficios sociales que generan sus preceptos éticos. El autor pretende fundamentar todas estas afirmaciones en argumentos fisiológicos. Por ejemplo, se afirma que existen estudios que aseguran, en contra de lo que opinaba Freud, que las personas creyentes son (estadísticamente) más sanas y felices que las que carecen de todo tipo de creencias religiosas. Opinión confirmada por Anthony Beevor cuando afirma que entre los prisioneros alemanes capturados por los soviéticos tras la rendición del VI Ejército alemán en Stalingrado era más fácil que sobrevivieran aquellos que tenían motivos para hacerlo, tales como las creencias religiosas.

Recordando la vieja idea marxista-leninista de que la religión es el opio del pueblo Dunbar sostiene que las creencias religiosas hacen liberar endorfinas en nuestro cerebro, lo que nos produce una sensación de bienestar.

En última instancia, sus conjeturas sobre el origen de la religión se basan en su teoría de la mente. Según Dunbar la religión exige, como mínimo, un cuarto nivel de intencionalidad, tal como ya dijimos.

El libro se cierra con dos afirmaciones clásicas. Por un lado Dunbar repite la vieja idea de que la diferencia entre el hombre y los animales es de grado y no de esencia y, por otra parte sostiene que esas cualidades no han aparecido repentinamente sino que, siguiendo el gradualismo darwiniano, manifiestan que debieron emerger progresivamente, de tal suerte que no existe “ningún gran momento (...) que haga que los humanos se conviertan repentinamente en seres humanos” (p. 189).

En su conjunto Dunbar nos presenta un buen número de reflexiones muy interesantes, aunque algunas de las más profundas, como las que hacen referencias a los orígenes y a la esencia de la religión, no pasan de ser una pura especulación sin base empíricas en la que poder fundamentarlas. Como no puede ser de otra forma, las reflexiones sobre los datos objetivos acaban, en ocasiones, deviniendo en la exposición de escenarios puramente hipotéticos; pero esto no es un defecto en sí, sino algo esencial a la investigación en paleontología humana.

El desafío de la humanidad actual es, según Dunbar, el mismo de siempre: “vivir con nuestras imperfecciones y dejar, sin embargo, un mundo mejor que el que nosotros encontramos” (p. 190).

Carlos A. Marmelada.
carlosalbertomarmelada@yahoo.es